

224

MIGUEL DONOSO PAREJA Y "HENRY BLACK"

JESUS L. BENITEZ M.

I — LA OBRA

La abstracción del tiempo se realiza en forma por demás vertiginosa, a ritmo de vorágine, en *HENRY BLACK* (1), novela de Miguel Donoso Pareja, ecuatoriano residente en México, quien con dos libros de relatos a cuestas, "Krelko" y "El hombre que mataba a sus hijos", ambos editados en su país de origen, se aventura por primera vez en estos terrenos de la larga narrativa, con un éxito rotundo.

HENRY BLACK es una obra en la que se manifiestan una serie de cualidades que la orillan a crecer huérfana en el campo de la prosa latinoamericana, esto es, sin vasos comunicantes que la integren a corrientes o manifestaciones estéticas; su valor es tan autónomo que se desarrolla como una obra poco común en este fragmento del "tercer mundo".

Mediante la feliz unión de historias y anécdotas, y espacios, latitudes en que éstas se realizan, Donoso Pareja recrea no una realidad, sino varias, impregnando su novela de una "atmosferación" mágica, alejada de los

elementos terrestres, inscrita en los campos de un esoterismo feroz, navegando siempre, como el buque donde habita el relator: *CALLEROY*, hasta su fin, detenido en un momento, en un instante de vida en esta existencia tan monótona y rutinaria (como puede parecer al lector despistado), colocándose, con no poca importancia, en el medio de una "racional irracionalidad". Carente de trucos o trampas, *HENRY BLACK* se hace evidente, ante todo, como un libro franco, abierto y sincero, que no admite lo discursivo ni, menos aún la retórica, dentro de su contexto. Los personajes hablan y se comportan como seres individuales y, aunque se alimentan con experiencias autobiográficas, éstas nunca deslucen ni se dan a ver, con la voz del escritor, logrando así la severa y disciplinada contrarrealidad de una obra.

Gudrum, personaje femenino de la novela, que sólo es un dibujo de esos que los marineros suelen pintar en su camarote, es el eje, por así decirlo, de la narración. Representante de todas las mujeres, encarnación vívida y en momentos bíblicos del sexo fe-

menino, que orilla a mil alucinaciones, acarreado la vida anterior o posterior del relator, en un constante ir y venir de existencias imaginadas o experimentadas, pero que son en sí ornamentación de una, de muchas vidas.

Henry Washington Collins Black puede ser el personaje, el narrador, o puede ser otro personaje, en todo caso su individualidad subyace, como toda la novela, en una progresiva estancia fuera del tiempo y del mundo, en el cual se dan las vidas y las existencias, los tormentos y martirios o la felicidad de todo el género humano.

Sorprende, ante todo, la habilidad con que Donoso Pareja ha tomado dos arquetipos, irreales, para transmitir no sólo sus esbozos autobiográficos, sino llevar más allá sus intentos y lograr crear un ambiente en el cual se dan los elementos mismos, los medios del relato. Y esto se integra por medio de una conceptualización irrefrenable, en medio de la historia (las tramas): mediante la cual se hace harto evidente la capacidad de Donoso en dos sentidos: a) logra la unión estrecha entre lo que quiere decir, su definición constante de todo y por todo, con la narración; y b) hace profesión de fe en su crítica sobre el mundo y la vida, mediante ese mismo concepto continuo, que hace ver a un autor que cuenta con un punto de vista sobre todo, usando para ello la *contestación*.

Esta concepción hace, en partes, denso el libro, pero en ningún momento se hace sentir como un afán impositivista del autor, como un reflejo discursivo de su personalidad, sino que, muy por el contrario, hace constancia de su papel dentro de la sociedad, con la crítica que hemos mencionado.

Libro definitivamente muy importante dentro de la literatura latinoamericana, HEN-

RY BLACK se apunta un lugar muy propio y aparte en ésta, con peso y valor autónomos, que hacen pensar en un escritor que en lo futuro, de seguir por ese camino, será uno de los más trascendentes de esta hora.

II — EL ESCRITOR

Por medio de varias preguntas, logramos la radiografía del autor, quien, nacido en 1931, en Guayaquil, Ecuador, desarrolla ahora otra novela, al mismo tiempo que trabaja como periodista y crítico literario, entre otras ocupaciones que en nada le restan tiempo para seguir en su tarea, febril, de escritor.

— ¿Qué significa para tí, en tu carrera, "Henry Black"?

— "No tengo la menor idea de lo que pueda llegar a significar, puesto que la carrera, como tú la llamas, de escritor, no puede darse sino directamente en relación con los lectores. Tú escribes el libro, pero éste funciona con autonomía, se desvincula de tí, inicia una vida que es suya y puede ser mediocre o destacada. En este sentido, la carrera de escritor no existe —o no debería existir—. Hay, simplemente, libros que llegan a cobrar existencia y libros que no llegan a tenerla sino en un ámbito doméstico, a nivel de amigos o a nivel local. Son vidas pequeñas, desamparadas, sin fuerza. Y tú no puedes saber qué será tu libro por buenas intenciones y trabajo que hayas puesto en él. Henry Black es Henry Black y yo soy yo. Estuvimos muy unidos un tiempo y hasta fuimos uno solo, pero ahora somos extraños, puesto que él empezará a vivir en la medida en que establezca una comunicación con quienes lo lean, con quienes determinarán si es bueno o es malo.

— En relación a tus libros precedentes, ¿qué

importancia tiene *Henry Black*, o cuál es su ubicación dentro de ellos?

— Esta pregunta me permite aclarar la anterior. Mis dos libros anteriores, por ejemplo, no han significado nada en esta supuesta carrera de escritor, de la que me hablas, a no ser a un nivel local. En mi país me conocen por esos libros, pero nada más; me dieron la categoría de “joven escritor”, entonces era joven, biológicamente hablando, aunque tal vez muy viejo desde un punto de vista literario; así como un lugar en la pomposamente llamada “literatura nacional”. Eso, en definitiva, es como entrar en la tristeza de los árboles genealógicos, refugio de los seres que necesitan sustentarse en los parentescos. (Los dos volúmenes que menciona Donoso Pareja son “*Krelko*” y “*El hombre que mataba a sus hijos*”).

— Luego, Miguel agrega, mientras da breves sorbos al café sin azúcar, su manía, y acaricia su poblada melena: “Ojalá que a *Henry Black* no le pase eso. Es lo más que puedo decir y desearle, puesto que la parte que me tocaba hacer ya la hice, que era escribirla.

— **¿Cuáles son tus intenciones básicas en esta novela?**

Comunicarme, pero sin dar la cara en una forma directa, sin establecer una relación de *persona a persona*. Opero, entonces como puede operar la cámara de cine entre el realizador o el actor y los espectadores, usando para ello el libro. En él dije lo que tenía que decir en un momento dado, y que no podía decírselo a nadie en particular, bajo la amenaza de limitarme a lo que ese alguien quisiera recibir. Por ese motivo, la expresión tenía que ampliarse, para que cada quien aceptara de ella lo que pudiera y quisiera recibir. Desde este punto de vista, mi intención fundamental fue incitar, estable-

cer una inquietud. El problema está en haberlo logrado o no. *That is the question*, como diría César Bruto. Por lo demás, un libro no se explica sino por sí mismo, y sería muy triste si tuviera que definirlo yo ahora.

— **¿Bajo qué circunstancias se dio *Henry Black*, cómo lo desarrollaste?**

— Pienso que lo importante es el resultado, no las circunstancias en que se dió el libro, ni la manera en que se ha desarrollado. Esas son razones extraliterarias y podrían convertirse en una manera de chantaje sentimental. Que si comías bien o si comías mal, que si te pesaba tu familia o no te pesaba, que si estabas enamorado o no, que si en la cárcel o haciendo un viaje por Europa; esas son cosas que nada tienen que hacer con el libro. En un momento dado, el autor y la obra se separan y no tienen cosa alguna en común. Incluso el hombre que escribió el libro es ya otro, ha cambiado, vive un ser y un estar diferentes. Todo libro es como las ruinas de un desastre, el testimonio de lo que soñamos que habíamos vivido.

— **¿Cómo ves a tus contemporáneos en el plano latinoamericano?**

Depende de lo que se entienda por contemporáneo; si te refieres a actitud, son nombres que no quisiera mencionar al lado del mío, ya que caería precisamente en lo que rechazo: integrarme a un árbol genealógico para darme un valor que no está todavía demostrado que tal vez jamás se demuestre o esté demostrándose. No es por humildad que lo digo, sino por arrogancia, por no querer colocarme, de manera falsa, a lo que es un *status*, por mucho que en el fondo, y hablo estrictamente en el plano literario, lo que más quisiéramos todos es colarnos en él, aunque me duela reconocerlo.

Si te refieres a la edad, podría nombrar

a muchos, pero carecen de importancia y la importancia, tú lo sabes, es algo que se respeta mucho. Por eso, ¿de qué valdría nombrar a gentes a las que no se respeta, porque no son importantes? De nada, y mejor me callo. Ese es un asunto de allá, de las obras, es una cuestión que sólo podría resolverse a nivel de los libros que existen realmente, como *Rayuela*, *Cien años de soledad*, *Gran serton*, *Veredas*, etcétera. El destino del hombre es diferente, y me interesa más, por supuesto.

— ¿En qué trabajas ahora?

— En otra novela, con la que ya voy muy avanzado; pienso que antes del año la terminaré. Ya veremos.

— ¿De qué se trata?

— Ni yo mismo lo sé. Trata de cosas y de hombres, de circunstancias, situaciones, sueños, igual que en la vida. Es una novela, una invención; una vida, si quieres, puesto que vivir es irnos inventando cada día, irnos diciendo, aunque no sea verdad, lo que creemos que somos.

(1) *Donoso Pareja*, Miguel; HENRY BLACK. Editorial Diógenes, México, 1969. 142 pps.